

LA GUISA,

PERIODICO SEMANAL

de literatura, historia, moral, costumbres, artes, modas y conocimientos útiles.

No hemos recibido todavía el periódico de París que trata mas estensamente de modas, y acompaña mas figurines, tanto de señora como de caballero. Así pues, damos el último que ha repartido LA MARIPOSA, y hablamos con referencia á dicho periódico.

EL ARABE Y EL PERSA.

El sol brillaba con todos sus fuegos sobre un mar de arena, y ningún ser viviente hacía proyectar su sombra en el desierto. Dos viajeros, árabe el uno y el otro persa, hicieron alto bajo el débil ramaje de un bosquecillo de acacias.

Hermano, dijo el persa, nuestros fieles caballos están fatigados, nuestros odres están vacíos, y el único que nos queda para consuelo de nuestros áridos labios va á agotarse por fin. ¿Dónde está la palmera, cuyos frutos me anunciabas con tanta satisfacción? ¿Dónde está la fuente, cuyas aguas me habías prometido? El árabe levantó los ojos y las manos al cielo, y exclamó: Grandé es Alá! la palmera ha muerto esta primavera y el simoum ha secado la fuente. El persa no pronunció una palabra de dolor; pero dejó caer la cabeza sobre el pecho, y sus lágrimas amargas se deslizaron á lo largo de sus mejillas. —Hermano, dijo el árabe; el verdadero creyente no fija el punto de su resignación; buenos ó malos los senderos bendice al Señor, porque no abandona la esperanza. Distamos apenas dos dias de las tiendas de Chasaél: cuando soplen las primeras brisas de la noche seguiremos nuestro camino bajo la protección de Alá. Y por última cena dividieron entre sí el resto de sus provisiones. Volvieron á caminar cuando la hija de las tinieblas desplegó sus velos; pero la ausencia del sol no calmó su sufrimiento, porque las arenas exhalaban

ardorosos vapores, y las estrellas ocultaban su luz en un lecho de nubes siniestras. Y caminaron hasta la mitad del dia siguiente. Entonces el árabe se detuvo desalentado; y el persa se dejó caer á su lado sin poder continuar.

El persa murmuró: una gota de agua! una gota de agua! si el odre está vacío, yo voy á morir aquí! Apenas tu boca ó la mía exprimieran bastante humedad para dar á uno de los dos la fuerza necesaria hasta llegar al campo de Chasaél... Y el odre es mio! Oh! yo daría mi parte en el paraíso por un poco de agua de Bendemir...! Por qué he dejado mi palacio de Chiráz y mis jardines dónde el aire es fresco y suavísimo? Y Duvildé que me esperaba para la fiesta de las rosas! No la veré ya más, ni á mis hijos; mis bellos hijos que beben el agua de las fuentes! Tú, bárbaro me has condenado á una muerte tan horrible! una gota de agua, hijo del desierto! — Amigo!.. pongo á Alá por testigo de que yo sacrificaría mi vida por salvar la tuya; pero mi muger es hermosa y tengo tambien hijos que juguetean en las colinas de Hilac, y me dirían un dia: padre! por qué nos has abandonado? — Tambien tú has dejado morir al extranjero que te había pedido hospitalidad; al extranjero que ha bebido en tu copa y ha dormido en tu tienda. Hasta aquí han dicho: el árabe tiene la mano abierta y el corazón fiel; él derramaba su sangre por su huésped; su pueblo es generoso entre los pueblos del mundo. La gloria de Ismaél ha acabado ya! — El irmadito suspiró profundamente y repitió con un acento grave: «El árabe tiene la mano abierta y el corazón fiel.» Y alargó el odre al Persa, se envolvió en su albornoz la cabeza y cayó en el suelo.

El persa bebió las últimas gotas de agua y salió del desierto; y el árabe murió; pero había salvado la gloria de su pueblo, y su nombre sagrado fué trasmitido de generación en generación, como la mas preciosa herencia de los hijos de su tribu.

(17 de junio de 1840.

Traducción de V. Boix.

Estaba el siglo xiv á la mitad de su carrera y era un día del mes de julio; atravesaba las calles de Sevilla multitud de gentes de todas clases y edades; todas llevaban una misma direccion y cualquiera hubiera dicho que iban á presenciar un torneo, segun el afán con que se apiñaban por llegar antes al lugar del espectáculo.

Sigamos al pueblo. Despues de haber dado mil vueltas y revueltas á las tortuosas y estrechas, como á las anchas calles de la ciudad, nos encontramos al pié de la torre del Oro. Este debía ser el lugar destinado para el palenque, puesto que aquí hicieron alto los espectadores. Crecía la confusion; formóse un gran círculo sirviendo de centro la torre. El movimiento oscilatorio de cabezas parecido al flujo y reflujo del mar, iba siendo mayor por momentos; grandioso debería ser el cuadro que aquel pueblo esperaba contemplar; pero no tan admirable seguramente como el que hubiera podido bosquejar un Murillo colocado en lo mas elevado de la torre. 'Mucho tarda en salir el reo, y pardiez que el calor nos ahoga;' dijo un hombre. No era pues tan alegre el festin como algunos creerán: era la egecucion de una sentencia de muerte; sin embargo, debía ir acompañada de algunas circunstancias particulares. Semejantes actos eran muy comunes en el reinado de D. Pedro el Cruel para que llamase tan particularmente la atencion de cien mil almas que cuenta aquella antigua ciudad. Ademas, no hacía muchos dias se habia egecutado por orden del rey la del Almirante Don Egidio de Bocanegra, y la del Sr. de Marchena, y aunque de clases tan distinguidas, se puede asegurar que su acompañamiento no fue ninguno en comparacion del que esperaba al reo encerrado en la antigua torre del Oro. Imposible permanecer por mas tiempo en tal estado. Por fin rechinan los góznos, y ábrense las macizas puertas; aparece una muger vestida de negro con un velo á manera de cendal que le llegaba hasta la cintura, al través del cual hubiera podido descubrir un buen observador la inocencia de su alma. Era Doña Urraca de Osorio que por capricho del rey habia sido condenada á las llamas. Esta crueldad se atribuye á los agravios que D. Pedro habia recibido de D. Juan Alonso de Guzman, primer conde de Niebla, hijo de Doña Urraca, y no pudiendo vengarse en él, descargó la ira en su madre. Acompañábala Doña Leonor de Avalos su doncella. El respeto y la lástima que causó á todos la vista de aquella muger hicieron derramar copiosas lágrimas, porque todos sabían que era inocente. Marchaba Doña Urraca atravesando el largo trecho que hay desde la torre del Oro al lugar que hoy se llama la alameda; paróse el reo y la comitiva, y la muchedumbre muda y pálida, volvió á formar un cír-

culo, cuyo centro ya no era como antes un gigante, sino una hoguera. Un ay pronunciado con espanto y que cual chispa eléctrica corrió de boca en boca, anunció que el reo acababa de ser presa de las llamas. Efectivamente, así fue. Doña Urraca habia sido arrojada al fuego en aquel instante: no fue aquel golpe el mas terrible para los espectadores. Un nuevo cuadro aun mas horrible los llenó de espanto. La violencia del fuego levantaba los vestidos de Doña Urraca, y visto por su doncella, se arrojó á las llamas diciendo: «muera yo antes que tu honestidad padezca;» y abrazándose á su señora, quedó inmóvil dentro del fuego.

Horrorizado el pueblo corría en todas direcciones, abandonando á las victimas que muy en breve quedaron reducidas á cenizas. Empero un hombre tranquilo y sin commoverse á vista de aquel horrendo espectáculo habia quedado junto á la hoguera esperando que se apagára el fuego para atizarle de nuevo, á fin de pulverizar los restos de aquellas infelices: el hombre era el verdugo: semejantes séres deben tener un corazon de hiena.

Este es uno de los cuadros que solia ofrecer al pueblo D. Pedro el cruel.

L. C.

SIGLO XV.

EL GUERRERO.

Era la noche, y la luna se levantaba magestuosa sobre nevadas nubes entre las cúspides de los montes cercanos á Valladolid. Allí estaba á la sazón la córte de D. Juan II, y tres mil caballeros y millares de ballesteros se aprestaban para la guerra contra Granada. Mahomad velaba en la Alhambra. Caballeros, hidalgos y robustos infanzones, armados de punta en blanco, acompañaban al rey. Un guerrero apuesto y gallan, ostigando con el acicate á su orgulloso bridon, que bate la arena arrojando espuma, sale de la ciudad siguiendo la corriente del Pisuerga. Los fúlgidos rayos de la luna reflejan y brillan en la acerada y luciente armadura del guerrero, y bajo un peto de diamantes late un corazon de fuego, rendido al poder de la belleza. El viento comenzaba á sacudir las copas de los árboles formando un murmullo misterioso, y la luna apenas se traslucía entre una gasa de nubes transparentes: un hermoso penacho mimbrecaba en el casco del guerrero al galope del bridon y al soplo del viento. Llega al fondo de un valle que baña el Pisuerga, y en la cumbre de un monte descubre un castillo con dos torres sombrías, como un fantasma que vela los desiertos, é insulta al tiempo, y domina los siglos. Se apeá el doncel; sujeta el caballo á un arbusto, y comienza á subir la cuesta tortuosa que guía al

castillo. El silencio de los sepulcros reinaba allí. Todos dormían. Después de observar algunos momentos los muros, acércase á las torres, descubre la sombra de un hombre que apenas se movía, con la lanza enristre se acerca á ella, y descubre un hombre ahorcado sobre la puerta, cuyo cadáver columpiaba el viento imperceptiblemente. Era un pechero que rehusó pagar el feudo á su señor, y este le condenó á una muerte tan bárbara y cruel. Sigue adelante el joven, y colocado frente á una ventana gótica de la parte superior del castillo, preludia esta trova.

Al fragor de sangrientos combates
Y pisando la frente del moro,
Yo rendido, ángel mio, te adoro,
Y es mi anhelo un laurel para tí.
Al fulgor de esa pálida luna,
Y al silencio de noche tranquila,
Tu amador, Blanca hermosa, vigila
Esos muros que guardante á tí.
Duermes, ¡ay! y en tus sueños de gloria
En un cielo me juras que me amas,
Y despiertas, y ansiosa me llamas,
No me encuentras y lloras después.
Duerme, hermosa, ángel mio, mi encanto;
Que yo parto á la altiva Granada;
Mas en breve pondré con mi espada
Un amor y un laurel á tus pies.

El viento arreciaba silbando en las almenas del castillo, y columpiaba el cadáver del infeliz pechero golpeando en la puerta. El guerrero descendió al valle donde había ocultado su feroz brida, y se dirigió á Valladolid embebecida su alma con un amor, una hermosa, y mil recuerdos. Al amanecer llegó á la ciudad cuando ya el rey Don Juan salía con su corte para la guerra contra los moros. El pendon castellano no tremoló en la Alhambra.

J. M. B.

LA ESPERANZA.

Ora te ocultes en el ara sagrada de un altar bajo las alas del ángel de la oracion; ora brilles en la atmósfera perfumada de una tarde apacible bajo el cielo de mi patria; ora rías en los labios de una muger en los momentos de su dulce melancolía; ora ciñas tus sienas con el laurel que el mundo concede á los génius privilegiados; ora, en fin, hermosa estrella, llenes de claridad el humilde techo de mi tugurio, siempre eres hermosa, hija de la bendicion que vuelas sobre la brisa de la noche y á los rayos tranquilos de la luna. Sueño del alma! vírgen querida de las lágrimas y de la ternura! dulce esperanza! derrama tus besos sobre la frente del reo que duerme; sobre el pan del mendigo en la última ho-

ra del día... ¡Qué vale la misma felicidad, cuando la risa vuela por los bordes de una copa, si tú no haces nacer en derredor un lecho de flores, una luz de suavidad, un día de meditacion para el alma en su ternura! El guerrero que lanzado de la *ciudad eterna* del pueblo de Numa, volaba á sacudir, sentado en trono extranjero, los destrozos de Grecia y Asia, veía alzarse del polvo de los siglos y al través de los torbillones de los sucesos humanos una posteridad que le reconocería; el intrépido marino que abarcó primero con una mano este mundo decrepito, y con la otra el mundo vírgen, bogaba silencioso los mares y adoraba al génius gigante que salido de sus ondas le mostraba con un dedo su nombre escrito en un cielo menos solitario que el que cubre aquellas vastas soledades, han bendecido un día, y este día será consagrado á su nombre, que se eleva grandioso como la sombra de las pirámides, ó como el nombre de Nino sobre los escombros de la ciudad de Semíramis. La esperanza alza su frente radiante llena de gloria entre torrentes de luz... la imagen de Dios la vé desplegar su vuelo sobre la inmensa naturaleza, y el mundo se inclina entonces para oír una armonía celestial... Solamente la luz de la bugía que alumbra los últimos pensamientos del suicida no ofrece un solo vislumbre de claridad con que la esperanza ciñe la frente del hombre.

Hay pensamientos que, venidos del cielo ó salidos del infierno, no tienen esperanza. Hay momentos consagrados á una soledad interior, á un vacío moral, que no llenaría... nada bajo el cielo. Desgraciadamente nuestras costumbres hijas de la inestabilidad de los sucesos de nuestro siglo, y del vértigo en que se agita nuestra existencia de un día, no permiten al corazón descansar un momento en la risa de una muger, ni en la palabra de un hombre, ni en la cuna del niño inocente, ni en las aras donde vela la oracion... Por qué? Porque inquieto nuestro siglo ha hecho desaparecer la naturaleza bajo la planta del hombre; y el hombre cuando se ha reído de su corazón en la juventud, se ha cargado de días y ha marchado por los caminos de su afán sin ver mas que el fantasma de sus placeres mezquinos. ¡Oh! vírgen de los desiertos, de la brisa de la noche y de la melancolía! Dulce Esperanza!.. vuela al lado del poeta cuando hace resonar su arpa al pié de un sepulcro, ó del altar de sus padres! Déjale respirar el aura suave con que los ángeles han ceñido su frente divina y enséñale á creer. ¡Oh! vuela al lado del amigo, que buscando en la casa de su amigo un pan para los hijos que lloran, se le ha escupido en el rostro; y un perro arrastrando el mismo pan que debiera ser del pobre, viene á morder al hombre del infortunio!.. Vírgen de los secretos! recoge bajo tus alas el suspiro solitario de un misterioso como su encanto y como la voz de tu inesplicable inspiracion; y el ay dolo-

ruido del filósofo que no tiene donde reclinar su cabeza; y los votos del proscrito que se duerme junto al océano que le separa de su patria; y los gemidos del hombre que vaga errante sin tu sombra, ó va á reposar en lo infinito, donde tú, bella Esperanza, has colocado tu trono.

V. Boix.

CANTO MORAL.

1.º

El mundo es el mal, porque está dominado por el hombre. El primer hombre del mundo llamó sobre sí la cólera de Dios, y mostró á la divinidad lo que fueron y son sus hijos.

Abel fue muerto por Caín: los hombres descendien del crimen. La raza humana está condenada por el Eterno á sufrir y llorar en la tierra, y pasa sobre ella arrastrada al *no ser* por la mano del tiempo.

2.º

La naturaleza es la obra de Dios: los pueblos son monumentos de abominacion y grandeza, porque ellos han vomitado la depravacion de las generaciones, y escrito al lado de la corrupcion y de los delitos y de los vicios el poder del génio; el triunfo del esfuerzo humano.

3.º

Y los que hoy dominan la tierra, serán devorados por los insectos que salen del lodo inmundo. De la cuna al sepulcro no hay mas que un sueño: el hombre solo despierta delante de la muerte: la muerte es Dios.

4.º

La religion es el consuelo mas íntimo del pobre. La grandeza y el poder son el olvido de la religion. El pobre y el rico pasan los días lejos de la felicidad. La desgracia es un remordimiento incomprensible. En la magnificencia de los alcázares y templos están escritas las perfidias y los delitos de los poderosos. Una corona de diamantes, una lámpara de oro, y una carroza magnífica, significan las lágrimas de los desvalidos. Para alivio del que llora de hambre y frío, el oro no puede retroceder los años; todos vamos adelante. Atrás van quedando los placeres y la vida: adelante nos van acosando los dolores, la vejez y la muerte.

5.º

El ayer no volverá jamás; el mañana pasará muy pronto. El pensamiento de los que ríen y gosan, los empuja á su fin mas velózmente que á los que lloran. Los que lloran creen que el tiempo es tardío.

6.º

La tiranía ha contaminado la tierra, y santificado el crimen. Sin la hipocresía y la impiedad, no habría tiranos. Los esclavos solo reconocen su ser delante de un altar; pero callan cuando la

idea de la divinidad los consuela. Dios es mas que los reyes: los reyes se hacen servir de los hombres mas que Dios.

La fuerza es la suprema ley para los tiranos; la razon y la verdad son la desesperacion de los desvalidos. La virtud nada puede por sí misma; pero es la verdadera grandeza del alma.

7.º

Malditos sean los que han escupido á un pueblo, y pisado con sus plantas la frente del desvalido, y ahogado con violencia los lamentos de la virtud escarnecida. Anatema á los tiranos de la tierra. Anatema al génio vendido al oro de los déspotas. Anatema á los cantores que han cantado con palabras de oro al sonido del arpa himnos armoniosos á la hipocresía. Anatema á los hijos de los hombres que no se han elevado á Dios para sepultar en el lodo á los opresores y á los impíos.

8.º

Los tiranos de la tierra han engendrado la impiedad, porque han acomodado á sus pasiones las creencias de sus esclavos, y han escarnecido la religion humana al pié del altar; y profanado templos, erigiendo monumentos al homicidio, y colmando de oro á los que ceden á la depravacion. La conciencia es el sentimiento de la razon; los déspotas desconocen este sentimiento.

9.º

Y hermanáronse la religion y la tiranía: aquella creada por la divinidad; esta inspirada por el espíritu del mal.

10.º

Porque las pasiones de los falsos sacerdotes que predicaron la venganza, y las de los poderosos, se atemperaron entre sí para sostener la magnificencia de alcázares y templos, y la servidumbre y humillacion de la raza humana.

11.º

Y cantaron himnos de alabanza al Dios de los ejércitos, y tocaron sus aras con las manos manchadas de sangre.

12.º

Y las cúpulas de los templos se estremecían al canto y al estruendo sonoro de melodiosos instrumentos que formaban la armonía del cielo para solemnizar el último gemido de millares de víctimas. Dios ha condenado el homicidio: los hombres han muerto por las pasiones de los déspotas y de los ministros de Dios sangrientos, cuando han muerto por la religion.

13.º

La verdad rara vez se encuentra; pero existe. Si los hombres fueron verdaderamente religiosos por temperamento ó por opinion, saliendo del cieno de la ignorancia, la felicidad estaría en la tierra para los hijos de los hombres.

J. M. Bonilla.





Blasco la 9^a

EL CISNE.

Matus

HISTORIA ANTIGUA DE ESPAÑA.

1.º ARTICULO



Cuando pasamos nuestros ojos por la historia antigua de los diversos pueblos que habitaron la España primitiva, y contemplamos los rasgos característicos de naciones tan distintas, sus aficiones, sus costumbres, sus guerras y divisiones intestinas; y se contemplan por otro lado el clima, suelo y demas circunstancias de este pais que en aquellos remontados tiempos era como en nuestros dias el mas privilegiado y favorecido por la naturaleza, dos consideraciones afectan profundamente nuestro entendimiento. 1.^a Como los españoles á pesar de ser en todas épocas el tipo de los hombres valientes y esforzados, fueron siempre esclavos de los conquistadores crueles y ambiciosos, y hayan resistido la ley que les dictaron pueblos estraños. 2.^a Porque la España no supo jamás aprovechar los inmensos y variados recursos que le proporcionaba la feracidad de su suelo, y tuvo que sufrir los rigores de la miseria, teniendo en su mismo seno los manantiales mas fecundos de riqueza y de prosperidad

Dejando á un lado las distintas opiniones sobre los primeros pobladores de la antigua Iberia, y considerando los establecidos ya en ella, sea el que quiera el medio con que lo verificaron, no cabe duda que era una raza agreste y salvaje, sepultada en medio de la espesura de sus bosques, y sin relacion ni género alguno de alianza con los demas pueblos. Duras y broncas sus costumbres, como áspero y escabroso el suelo en que vivían, únicamente se ocupaban en el ejercicio de la caza y en el manejo de las armas indispensables para hacer la guerra; y en este estado se iban multiplicando hasta que la escasez de medios para sostenerse, les hacia dejar la aspereza de sus montañas y pasar á otras, ó descender á la tierra llana. Poblado, pues, nuestro suelo por estas razas transcuentes con tales instintos, carácter y costumbres, el efecto para la defensa de la península entera, así como para su civilizacion y demas adelantos sociales, era el mismo que si entre cada una de ellas se hubiesen interpuesto distancias inmensas ó mares profundos; porque aisladas y sin la menor alianza ni relacion entre sí, es facil de calcular que su accion para los fines espresados habia de ser muy estéril ó de ningun resultado. De este aislamiento provino el dejar abandonados aquellos puntos por donde mas fácilmente pudiera ser invadido su territorio, ya por ambiciosos conquistadores, ya por algun pueblo, que precisado á emigrar de su pais natal, buscase otra tierra donde fijar su residencia. De allí tuvo origen aquella reprensible facilidad con que se dejaron sorprend

der por griegos y fenicios; la inutilidad de sus esfuerzos para resistir la espoliacion de sus riquezas; para defender con su libertad el hogar en que vieron los rayos del sol por la primera vez; y la ereccion de aduares y colonias que servían á aquellos de seguro depósito para trasladar las riquezas del suelo invadido á los puertos y ciudades traficantes del Oriente. ¿Sería acaso posible explicar este fenómeno, suponiendo que entre aquellos fieros habitantes de la Iberia hubiese existido sombra no mas de pacto y alianza? Eran, sí, belicosos, sufridos, esforzados; y sin embargo, de grado ó por fuerza tuvieron que ceder parte de sus tierras á los pueblos que habitaban las márgenes del Garona, las Cevenas, la Auvernia, y otros paises de la Galia meridional, espulsados sucesivamente por las rancherías kímbricas y por el establecimiento de los Volkos te Arsagos. Empuñaban lanzas con botes de hierro, su ferocidad era temida por las mismas naciones que turbaban su reposo; y con todo los Pelayos y tirrenos establecieron sus Colonias y fundaron sus ciudades en la embocadura del Ebro. Eran intrépidos, manejaban el venablo con admirable ligereza; su aspecto solo, brusco y montaráz, causaba espanto; y no obstante los aventureros de Tiro y Sidon ocuparon su territorio y fundaron á Gadir y á Tartesia. Despues de estos los cartagineses y romanos se disputaron sucesivamente la posesion de este pais delicioso, siendo favorable el éxito de la guerra al partido que los españoles inclinaban sus armas; pero cualquiera que fuera la suerte de los egércitos estraños que luchaban por la posesion esclusiva de tanta riqueza, el porvenir de los iberos era siempre la dependencia y la esclavitud. Unicamente la opresion y la tiranía era el destino reservado á los pueblos hispanos que si, conociendo su interés, hubiesen unido sus esfuerzos, salvaran sin duda su libertad y su independencia haciendo trizas las legiones romanas y los tercios africanos. Bien convencido estaba de esta verdad un geógrafo é historiador antiguo de la Grecia, Estrabon, cuando dice que si se hermanáran las antiguas naciones hispánicas, no vinieran tirios y celtas ni los cartagineses se establecieran en sus tierras. *Si hubiesen querido sostenerse mutuamente*, dice, manifestando con esto del modo mas terminante la suma division que reinaba entre los antiguos pueblos españoles.

Si esta ojeada histórica se estiende á los hechos mas notables acaecidos hasta la aparicion del gran Pelayo, y examinamos su influencia en la suerte de la España hasta este pronunciamiento salvador de su nacionalidad é independencia, tendremos ocasion de lamentar las mismas desventuras. Y si saltando por este acontecimiento recorreremos las páginas de la historia moderna, las luchas interiores, las guerras con la mayor parte de las naciones europeas, las llamadas

de sucesion y otros acontecimientos de no menos fatal recuerdo, hacen evidente que la fatalidad preside desde la mas remota antigüedad los destinos de la desgraciada España; y que la ambicion, la esclavitud y el despotismo han sido con cortos intervalos la suerte de un pueblo de héroes, de la nacion mas digna de ser libre.

—♦♦♦—

AUSENCIA.—INCERTIDUMBRE.

—♦♦♦—

El viento zumba con fragor horrífico,
Y desata la nube su raudal;
Los rayos puros de ese sol magnífico
Ya no alumbran al mísero mortal.

Huyen al bosque los gilgueros trémulos,
La arpada lengua seca de pavor;
Conjúranse los elementos émulos
Prestando al mundo oscuridad y horror.

—

Y cuando los elementos
Están desencadenados,
Y los valles y los prados
Hechos lagunas se ven;
¿Tú me dejas?... ¿Me abandonas
Sumido en dolor profundo,
Tú, que eres en este mundo
Mi vida, mi solo bien?

—Huyes, cruel, de mi sombra
Cuando la tormenta crece;
Cuando á su furia perece;
La mal entreabierta flor!...

¿Y en un vergél delicioso
Has de vivir, hechicera,
Sin acordarte siquiera
Que llora tu trovador?...
—Vuelve, vuelve niña hermosa,
A endulzar con tu presencia
La espina atróz de la ausencia
Que desgarró el corazón.

Tú eres la causa inocente
De los males que padezco,
Y si tu amor no merezco
Merezca tu compasion.

—¿No ves ese cielo negro?...
¿No ves como se desgaja
La lluvia, que altiva ultraja
La flor que apenas brotó?...

Ese cielo es mi destino,
Destino en que no hay mudanza;
Esa lluvia, mi esperanza;
Esa pobre flor, soy yo.
—Por mis pálidas mejillas
Las lágrimas han corrido,
Que agotar nunca he podido
En esta separacion;

Y si acaso alguna vez
En mis ojos no se vían,
Es porque entonces caían
En medio del corazón.

—Mas el llanto que yo vierto
No conmueve tu semblante;
Tu corazón de diamante
Hace alarde de no amar:

Y si nunca, hermosa mía,
El amor te ha contagiado,
¿Cómo comprender te es dado
Mi horrible, intenso penar?...
—No sabes á dónde arrastra
De amor el poder tiránico,
Ni este delirio volcánico
Que trastorna la razon;

—Vuelve, vuelve, mi hechicera,
A endulzar con tu presencia,
La espina atroz de la ausencia
Que desgarró el corazón.

Tú eres la causa inocente
De las cuitas que padezco;
Ya que tu amor no merezco,
Al menos tu compasion.

—Vuelve, vuelve, mi hechicera,
A endulzar con tu presencia,
La espina atroz de la ausencia
Que desgarró el corazón.

Tú eres la causa inocente
De las cuitas que padezco;
Ya que tu amor no merezco,
Al menos tu compasion.

(A. Mayoli y Enderiz.)

—♦♦♦—

OPINIONES.

—♦♦♦—

No se crea que vamos á hablar de opiniones políticas, aunque tratándolas á nuestro modo, no traspasaríamos los límites ó la valla que el gobierno abrió entre periódicos políticos y literarios, porque podíase decir tanto, filosóficamente hablando, sobre las susodichas opiniones, cuyo carácter esclusivo es el de la injusticia, puesto que estendiéndose á la literatura y hasta á las acciones mas particularmente particulares, nada de cuanto pueda hacer (aunque sean milagros) un hombre de política, opinion contraria á otro, nada tiene para este algo de bueno; todo, todo es malo, y no daría sancion á una sola cosa aunque comenzasen á emparearlo. No hablaremos de semejantes opiniones, y solo nos referiremos á las absolutamente individuales; esto es, á las que acumula cada individuo en su respectivo cráneo, amoldadas en los sentimientos de su corazón, buenos ó malos, rectos ó erróneos, nobles ó mezquinos. Pero ¿qué digo! ¿Cómo será posible hablar en el día de este punto tan redondo, sin alargar una pierna de mi desmantelado razonamiento hasta dar un puntapié á las opiniones injustas? Figúrense mis modestos y opinantes ó preopinantes lectores, que los hombres de la sociedad actual, se han dispersado en grupos, y el diablo que sufra los tiros de crítica mordaz que se disparan á quema-ropa. Hay hombre que se opina contra alguna cosa de otro, no contento con deshollarle barbarizando, ó digase vomitando necedades y barbarismos las mas ve-

ces, quisiera pulverizarle á puros mordizcos, arañazos y puñetazos; tal es el furor ó la rabieta con que se preopina contra un ausente.

Sin ir mas allá, aquí mismo estoy facilitando materia á propósito para que algunos observen si es cierto ó no lo que voy diciendo. Este articulillo; este mismo artículo que estoy organizando, ó desorganizando con mas trabajo y apuros que un sastré en esta temporada, servirá de manantial de opiniones para mas de cuatro y mas de cinco.

Quién opinará que está mal hilvanado; quién que no tiene pies ni cabeza, faltando á la verdad palpable, porque al pie de él puedo decir lo que me dé la gana, y nadie negará que lo que diga á continuacion va al pié de este articulillo; quién dirá que es una cosilla regular; quién defenderá que es buena; quién que malísima, pésima, insustancial, y desgraciada cuando menos; y estas opiniones terminantes, parirán otras interminables que servirán de materia parlamentaria en tertulias, cafés, tiendas, visitas, encuentros de calle, y pocos ó nadie dirá que es una cosa cualquiera, como otras muchas que entretienen por un momento, dejando caer alguna verdad sin saber cómo.

Es cierto que las opiniones de unos sobre lo que otros opinan producen ratos de murria y hay hombre que se rasga la corbata declamando contra un inicu preopinante que mordió su reputacion como haciendo una linda gracia; pero hace mucho tiempo que me causan risa estos debates intestinos y sociales y perenes, porque el espíritu de sociedad es pelarnos unos á otros con la lengua, sin pepita, ó con la Pepita del alma, sin ley ni conciencia, contra los preceptos de nuestra religion; pues yo creo firmemente que en nosotros hay muy pocos cristianos, por mas que recen y se aporreen el pecho de rodillas arañando altares. Y si bien se mira, ¿no es una risa perene ver y oír esa guerra bocal que nos hacemos, sin mas objeto que no ser ahogados por la envidia, que es por lo regular ó casi siempre la que forma las opiniones y ese pronunciamiento decidido y furibundo, á veces contra quien no hemos visto en toda nuestra opinántica vida?

No entremos en las opiniones femeniles porque este punto ofrece mucha elasticidad, y lo reservamos para otro dia, saliendo por hoy de este articulillo.

Este asunto, aplicándolo á las mugeres, debe ser ramo separado.

J. M. B.

MODAS DE MADRID.

Segun LA MARIPOSA, las trencillas y flecos y todos los adornos de cordonadura, son una de las innovaciones adoptadas con feliz éxito por la mo-

da, porque hacen muy bien, y dan cierto aire suelto y ligero á los vestidos, tanto en las mangas como en los bajos de la ropa, hermocean muy lindamente los caprichosos bordados de trencilla y cordon; y para guarniciones y volantes, y para al rededor de la cintura, una randa de fleco produce el mas visual efecto. Cuantos trajes hemos visto adornados de esta manera, han atraído las miradas de todos, y con razon debe dárseles la preferencia. Es moda naciente aun, pero que preveemos se adoptará generalmente y será larga su duracion.

Trage de casa. Bata de muselina ó percal blanco con cordones á la cintura. Corbata de seda, color rosa ó púrpura. Zapatillas de seda ó hilo.

Trage de calle. Vestido de barés de seda. Cuello muy pequeño de blonda ó batista bordada. Manteleta de raso con ramos bordados en las caídas. Sombrero de paja de Italia sin calados, y con cintas del mismo color. No llevando manteleta, velo blanco caído hasta la cintura. Botines de seda. Guante claro, abanico grande. Ridículo hecho de filete, con nudos á manera de red, imitando la labor de entorchados, y sin forro. Sombrero de resorte.

Trage de sociedad. Vestido de nipsis de Manila ó batista con bordado de sobrepuestos, imitando á encaje; viso azul celeste ó rosa, manga estrecha. Peinado liso y con adorno de flores doradas. Zapatos de raso blanco ó azul, color opuesto al viso del vestido. Guante blanco ceñido á la muñeca con dos botones, y es lo mas elegante y lindo, con un cordoncito que cae luego por la palma de la mano, con borlitas en los extremos. Joyas de gusto antiguo, si se quiere hacer ostentacion de riqueza.

PESADILLAS.

Hay hombres chinchas que mortifican mas que una cantárida; hombres cuyas palabras se nos aferran á los pies, y no nos permiten movernos de su lado hasta que han acabado de hablar; hombres que debieron proscribirse de la sociedad, y ser deportados á las tierras incógnitas para consuelo y reposo de los que tienen la fatalidad de caer en su conversacion. Estos parlachines eternos que duermen hablando, y hablan comiendo y bebiendo, como dije de uno en cierta comedia, si mal no recuerdo,

No sé como se lo fragua,
Que bebe y habla y engulle:
Si en un pozo se zambulle,
Allí hablará bajo el agua,

estos hombres cotorras, son las mas insufribles pesadillas.

No hay medio ni modo de desprenderse de semejantes távanos cuando se nos pegan al oído. Por mas que el paciente quiera indicarles con mil ademanes, ó que le diga cien veces con palabras terminantes que le están esperando en otra parte; que tiene muchísima prisa; que no puede detenerse; que un asunto importante ó un compromiso le llama á cierto punto, todo es inútil; el *pesadilla* anatematizado no se da por entendido, y prosigue sus cuentos vengan ó no á pelo, y charla que te charla, y repite que te repite, y al paciente que aguanta sus necesidades se lo llevan los diablos, y no le toca la camisa el cuero, y patea á pié inmóvil, y hasta quisiera que le atacase un marasmo universal que no le dejara en seis horas.

No hay cosa que mas aburme y aburra, y encocere á un individuo racional, que al pasar por el lado de otro á toda prisa, moviendo los talones ligeramente, que esto solo debiera indicar á todo el mundo que no le cortasen el paso, le detenga un antropófago parlachín cogiéndole una mano, y preguntándole, á dónde va, de dónde viene, qué hay de aquello, qué dicen de nuevo, cuando nó le saca arrastrando por los cabellos un cuento que pudiera servir de narcótico á algun hombre sufrido ó demasiado prudente.

Que no hayan de conocer estos *pesadillas* insupportables lo muchísimo que fastidian, que aburren, que atormentan y desesperan al pobre que atrapan entre sus labios? ¿No basta una accion, un movimiento, cuando no una sola palabra, para hacerles conocer que uno tiene que hacer algo en otra parte, ó no siente maldito el gusto en sufrir su insípida y fastidiosa conversacion, para que le dejen ir en paz? No señor. Hay cráneos como cascos de bomba, y cerebros de topo. Los hay tan obtusos, que solo comprenden ó se afectan cuando se les dá con un mazo.

Gracias á que hay muchos mártires de la prudencia en el mundo, y á que mas vale sufrir un rato semejantes *pesadillas*, que cometer un homicidio; sino, creo que en una asonada habian de sucumbir, victimas inmoladas al furor de..... no quiero barbarizar saliendo del terreno del asunto en el calor de mi soliloquio. Dios me libre de tales tabardillos por toda una eternidad, y no consienta su divina clemencia que me ahogue la desesperacion por no abochornar á uno de semejantes chinches, plantándole en donde quiera que suelte la sin hueso agotando todo mi sufrimiento español.

J. M. B.

TEATRO.



Sabemos que el señor del Rio ha elegido pa-

ra su beneficio, *El Pelo de la Dehesa*, comedia original del inimitable Breton de los Herreros, y que tendrá lugar el 25 del corriente.

Nada diremos ahora del éxito por la ejecución hasta verla en escena; mas con relacion á su mérito literario, juzgamos que el señor Breton ha ofrecido un esfuerzo de su génio en esta comedia, llena de sales, de verdad, precision, fáciles y hermosos versos, y de lindas escenas. Al leerla hemos dicho que no han estado por demás los elogios que de ella han hecho algunos periódicos de la Corte y otras capitales. Damos desde ahora un aplauso al autor, y celebramos la acertada eleccion del señor del Rio.

EL RETRATO.

En las tertulias y cafés de Oporto no se hablaba de otra cosa que de la falta de prudencia de un médico respecto á un coronel portugués. Este médico contó en presencia de varios oficiales del ejército, que había asistido de resultados de un mal parto, á una jóven que, para guardar el incógnito, en todas sus visitas conservaba cuidadosamente un velo: habíale preferido á todos los médicos de Oporto porque era extranjero, y porque sabía que había de marchar al día siguiente. Había sospechado que era la muger de un militar, por el traje de un retrato de hombre que tenía en el brazalete. Segun las apariencias era un traje de capricho, y lo describió. El marido de la señora velada, se hallaba entre los que escuchaban la relacion del médico, y había estado 18 meses prisionero de guerra. Despues de haber sido cangeado, se había reunido á su regimiento, y llevaba otro uniforme diferente del que tenía en el retrato. Disimuló los celos que le devoraban, y rióse de la aventura; pero sabiendo ya lo bastante para creer su deshonor, toma precipitadamente la posta. Los primeros indicios y la turbacion que observa, le convencen de la infidelidad de su esposa, y viendo en el calor de las reconvencciones el brazalete, derriba el brazo de su esposa de un sablazo, marcha á Oporto, pregunta al médico si reconoce el brazalete y el brazo, y sin aguardar su contestacion, le levanta la tapa de los sesos de un pistoletazo. (La Esperanza.)

VALENCIA:

Imprenta á cargo de Ventura Cluch,

PLAZA DEL EMBAJADOR VICH.

Editor, J. M. BONILLA.